Caminantes

Capítulo 2

Los **valores scouts**

Capítulo 2

Los **valores scouts**

Joan Miró (1893-1983), nacido en Barcelona, Cataluña, alimentó su inconfundible caligrafía pictórica en su vinculación a la tierra, con cuyos elementos esenciales experimentaba una intensa comunión mítica. Aunque nunca fue un surrealista ortodoxo, otorgaba un gran valor a los dibujos infantiles y al arte que surgía a partir de impulsos creativos y no se limitaba por convenciones ni leyes estéticas.

En **Retrato II** (1938), nos presenta un rostro simple, coloreado, desprovisto de todo detalle, donde destacan en forma especial sus ojos. El carácter emblemático de la figura, nos evoca la imagen de un joven scout en actitud solemne, próximo a formular su Promesa, con su brazo derecho flectado, la mano a la altura del hombro y la mirada puesta en el futuro.

Contenido

El sistema de valores página 57

La Ley Scout página 68

La Renovación de la Promesa página 84

El sistema de valores scouts

En el capítulo anterior examinamos la identidad personal con un doble propósito: ordenar la información disponible sobre los desafíos que hoy presenta la adolescencia y, a partir de esa información, analizar lo que debiera ser la propuesta del Movimiento Scout.

No obstante, la propuesta scout no es sólo una respuesta educativa ante esos desafíos con el propósito de que los jóvenes se adapten al entorno en que actúan, sino que también contiene convicciones relevantes que se refieren al *deber ser*, y que se les proponen para que las integren en su proyecto de vida. Estas convicciones, si bien no son originales, penetran toda la educación scout y tienen sus raíces en la visión del hombre, la sociedad y el mundo transmitida por el propio fundador. Después de cien años de vida y de ser experimentadas en numerosas culturas, esas convicciones se han convertido en el *sistema de valores scouts*.

Adicionalmente, esta propuesta se complementa con el método scout y con la acción y testimonio de sus líderes, factores que operan en estrecha correspondencia con el sistema de valores, en el cual encuentran su fundamento y significado.

Más adelante analizaremos por separado el método scout y el papel de los dirigentes. En este capítulo nos centraremos en el sistema de valores.

Todos los sistemas educativos se orientan hacia una utopía

Durante mucho tiempo el tema de los valores se centró en un debate filosófico en torno al concepto abstracto e ideal del fin último de la educación. Este debate se relaciona con la idea que se tiene del ser humano, ya que diferentes sistemas buscarán diferentes fines dependiendo de la imagen de hombre que emplean como punto de partida.

Con el propósito de abandonar el ropaje abstracto de las virtudes y cualidades que acompañan al concepto de fin último y conseguir un mayor acercamiento del individuo a la meta de su acción, muchos de estos fines últimos se han encarnado a través de la historia en personajes que han sido presentados como arquetipos de determinadas culturas. Es el caso del *buen ciudadano*, pretendido por la educación romana, el *caballero* de la Edad Media, el *hombre* del humanismo renacentista, el *honnet homme* de la pedagogía francesa, el *gentleman* de la educación liberal inglesa.

Si bien el tema del fin último de la educación continúa siendo motivo de frecuentes reflexiones por la filosofía de la educación, hoy su tratamiento se ha atenuado y con frecuencia relativizado. Han contribuido a esto no sólo la lejanía y abstracción en que se sitúan estos fines últimos, que los hace inasequibles a la tarea humana, sino también el auge que ha tenido el establecimiento de objetivos y metas más cercanas a la realidad cotidiana y más fáciles de alcanzar para la educación, con mejores resultados.

El riesgo consiste en que al centrarse en la realidad educativa tal como se manifiesta en un momento determinado, la teoría educativa y sus investigaciones han reemplazado a la filosofía educativa y su orientación hacia la concepción global de los sistemas.

Para evitar los excesos de ambas ópticas y obtener un punto de equilibrio, en la actualidad se insiste más en el concepto de *valores* que en el de fines, pudiendo apreciarse que su influencia en el proceso educativo se ha tornado más o menos equivalente a la de la teoría educativa y la investigación. De ahí que casi todos los sistemas educativos procuran hoy motivar al ser humano a la vivencia de valores que le permitan lograr su perfección por medio de su proyecto personal de vida.

Nos movemos en medio de valores de distinto rango

Al sustituirse el concepto de fin último por el de valores, se ha aumentado el interés educativo en estos últimos, pero también se ha producido una diversidad de rango entre ellos. La amplitud del concepto de valor, entendido como todo aquello que no nos deja indiferentes, ya sea porque satisface nuestras necesidades o destaca por su dignidad, determina que éstos se originen en fuentes muy diferentes y que puedan ser clasificados desde muy distintas dimensiones.

Es así como entre las fuentes de los valores se encuentran los deseos y aspiraciones del ámbito nacional, las ideas que prevalecen dentro de la propia cultura, las concepciones religiosas a las cuales se adhiere, el conjunto de los valores universales que siempre han figurado como metas deseadas por todos los seres humanos y otras que dependerán del pensamiento colectivo e incluso de la impresión personal.

Habiendo diferentes fuentes existirán también distintos tipos de valores que suelen ordenarse ascendentemente, partiendo desde los valores simplemente técnicos o útiles hasta llegar a los valores transcendentes, pasando por valores vitales, estéticos, intelectuales y éticos, los cuales varían no sólo de una cultura, pueblo o grupo humano a otro, sino también de una época a otra en una misma cultura, sociedad o grupo económico o social.

El dilema para un proceso educativo no consiste tanto en el rango de esos valores -en la realidad, no es difícil encontrar valores para todos los gustos- sino en la jerarquía que las personas les asignarán, ya que continuamente el ser humano debe elegir y eso supone considerar a unos más valiosos que otros. ¿Cómo logra un proceso educativo que la opción por valores y la jerarquía que le asigna cada persona sea coherente con sus postulados fundamentales?

Procuramos que los jóvenes construyan una jerarquía para sus valores en base a la propuesta scout

El tema de los valores es de gran importancia en el proceso de educación scout, por cuanto su aceptación por parte de los jóvenes contribuye a la formación de su personalidad por medio del fortalecimiento de su carácter. Tal es esta importancia, que muchos dirigentes scouts estiman que sus resultados debieran ser medidos por la dignidad, profundidad y extensión de los valores que hayan sido capaces de suscitar y actualizar en los jóvenes.

Como ocurre con todas las personas, los valores que un joven o una joven scout apreciará también provendrán de las fuentes que antes señalamos. Como lo anticipamos, el desafío de los dirigentes scouts consiste en que el joven aprenda a aquilatar ese cúmulo de valores y les otorgue en su jerarquía personal una posición armónica con relación a los valores contenidos en la propuesta scout.

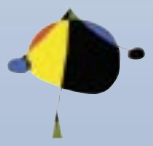
Una parte importante de los valores scouts corresponde a valores objetivos, éticos o universales, que no dependen de nuestra apreciación. La salud y la vida, por ejemplo, serán siempre valores aun cuando todas las personas dejaran de estimarlas. Otros, más subjetivos, dependen de la opinión personal o colectiva, pero en todos se aprecia la huella del fundador y del acervo acumulado por el Movimiento durante un siglo.

En todo caso, gran parte de los valores scouts han sido considerados por la comunidad humana desde antes que el Movimiento Scout existiera. En este sentido no hay ninguna pretensión de originalidad. La verdadera innovación de la propuesta scout reside en los énfasis, en la mayor dignidad atribuida a unos valores con respecto a otros y en la articulación existente entre ellos. La *fidelidad a la palabra dada* y la *confianza* no podrían identificarse como valores originarios de los scouts, pero el énfasis puesto en ellos y la articulación existente entre ambos, contribuye a proporcionar un sello propio tanto al proceso educativo scout como a las personas que egresan de él.

También es destacable en la propuesta scout la articulación que existe entre los valores y el método scout. La *vida en naturaleza*, por ejemplo, no sólo es una conducta que se aspira a lograr, sino también un instrumento que se emplea para alcanzar esa conducta; y de paso muchas otras, como el cuidado del cuerpo, la sencillez de vida o el sentido estético. Lo mismo ocurre entre la *solidaridad*, en cuanto valor que expresa la actitud hacia los demás, y el componente del método que llamamos *aprendizaje por el servicio*. Esta estrecha relación entre valores propuestos y método empleado es una característica muy especial del Movimiento Scout. Ella se puede continuar demostrando a través de muchos otros ejemplos, pero donde mejor se articulan valores y método es en la *vida de grupo*, "atmósfera" educativa que resulta de la aplicación completa de los componentes del método scout, como veremos al analizar el capítulo siguiente.

A través de estas innovaciones se procura responder al dilema planteado sobre cómo lograr que la opción de los jóvenes se haga en torno a los postulados fundamentales del Movimiento, o dicho de manera más amplia, cómo obtener que los jóvenes construyan una jerarquía de valores en verdad relevante, otorgándoles a sus vidas un argumento.

La misión del Movimiento destaca el sistema de valores



La Conferencia Scout Mundial, reunida en 1999 en Durban, Sudáfrica, aprobó la Declaración de Misión del Movimiento Scout, la que expresa:

> Mediante un sistema de valores basado en principios espirituales, sociales y personales, que se expresan en la Ley y la Promesa, nuestra misión es contribuir a la educación de los jóvenes para que participen en la construcción de un mundo mejor, donde las personas se desarrollen plenamente y jueguen un papel constructivo en la sociedad.
>
> Esta misión se cumple aplicando el método scout, que convierte al joven en el principal agente de su desarrollo, de manera que llegue a ser una persona autónoma, solidaria, responsable y comprometida.

El análisis de esta declaración lo centraremos en el tema de los valores, por cuanto el método scout se examina en el capítulo siguiente.

El primer énfasis está puesto en el desarrollo integral de la persona

El primer valor que se desprende de esta declaración dice relación con el hecho de que el sistema de valores persigue la construcción de un mundo mejor donde las personas se desarrollen “plenamente”. Esto alude directamente al propósito del Movimiento, que reconociendo la pluralidad de la naturaleza humana se interesa en el hombre completo, formando y dando oportunidades de despliegue a las diversas dimensiones de la personalidad de los jóvenes.

Esta armonía integradora comprende el desarrollo del cuerpo, la estimulación de la creatividad, la formación del carácter, la orientación de los afectos, el sentido de los otros y el encuentro con Dios. La salud, la realización personal, la identidad, la madurez, la integración social y la propia felicidad dependen del desarrollo armónico de la personalidad.

Este es uno de los aspectos que diferencian al Movimiento Scout de la educación formal, especialmente dedicada a la entrega de información y al desarrollo cognitivo; como también de otras actividades no estructuradas, movimientos juveniles u organizaciones sociales, artísticas, deportivas u otras, por definición enfocadas a sólo uno o algunos aspectos del desarrollo de la persona, pero sin una particular vocación por el desarrollo integral.

Procuramos que el joven se comprometa en su autoeducación permanente

Para que los jóvenes “jueguen un papel constructivo en la sociedad”, como señala la declaración de misión, es preciso que el desarrollo logrado por la persona durante el proceso de formación scout se proyecte en un interés permanente de ella misma por su autoeducación y perfeccionamiento.

El ser humano nunca cesa de entrar en la vida, de renacer continuamente a lo humano, por lo que su existencia es un proceso de terminación y aprendizaje que nunca concluye. En consecuencia, ningún aspecto de la educación puede ser reducido al sistema escolar o a un período de la vida, ya que las personas tienen la necesidad y deben obtener la posibilidad de aprender incesantemente durante su existencia.

Y este tema no es menor en el desarrollo ético del adulto, ya que es tal la fuerza que hoy tiene la socialización masiva, como la generada desde los medios de comunicación y el ciberespacio, que si la persona no renueva y actualiza su adhesión a aquellas convicciones que la identifican, con el tiempo sus valores pueden reducirse a un conjunto simpático de recuerdos afectivos o anecdóticos.

Los valores scouts pueden ordenarse en algunas dimensiones básicas

Cuando la misión del Movimiento dice que el sistema de valores está "basado en principios espirituales, sociales y personales" está aludiendo a la actitud natural del hombre *hacia sí mismo*, *los demás*, *el mundo* y *Dios*, la que nos permite fomentar el encuentro con los valores. Estas cuatro dimensiones nos sirven también para ordenar los valores destacados por el Movimiento Scout.

Invitamos a los jóvenes a lograr lo mejor de sí mismos

Cada persona es una promesa y para que ésta se haga realidad debe esforzarse para lograr lo mejor de sí misma. Por eso la acción y el testimonio de los dirigentes invitan a los jóvenes a usar progresivamente su libertad, a asumirse a sí mismos, a aprender a discernir, decidir y enfrentar las consecuencias de sus decisiones y de sus actos. Independientes y también autónomos.

Los desafiamos a cifrar su honor en ser fieles a la palabra dada, leales con los demás y honestos consigo mismos, sobre todo en momentos difíciles, cuando hay que vencerse y más que nunca ser responsable. Los motivamos para que tomen conciencia de su dignidad, se superen constantemente y opten por un proyecto personal para sus vidas. Les proponemos ser fuertes, mantenerse firmes en sus objetivos, tener el coraje de ser coherentes, dando el testimonio de ser lo que se dice ser.

Proponemos a los jóvenes salir al encuentro de los demás

Como creemos que la persona logra su vocación humana cuando ejerce su libertad para el encuentro con los demás, proponemos a los jóvenes que desarrollen una actitud de servicio y que se integren responsable y solidariamente en su comunidad local, nacional e internacional, sin prejuicios, racismos ni exclusiones sociales de ningún tipo.

Les proponemos reconocer y ejercer la autoridad y el poder al servicio del bien común, comprometiéndose con la democracia como la forma de gobierno que mejor permite la participación de todos y la igualdad de oportunidades, y les pedimos que incorporen en su pensamiento y en su acción el respeto y la defensa de los derechos de las personas. Fomentamos en los jóvenes la lealtad a su país y el amor a la propia tierra, su pueblo y su cultura, en armonía con la promoción de la paz, sin hostilidades de clase o nación.

Enseñamos a los jóvenes a respetar la justicia social como condición de un desarrollo humano sustentable, sirviendo a la comunidad y tomando un compromiso con los más pobres, los más débiles y los que sufren. Promovemos la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer y fomentamos en los jóvenes su aprecio por el mutuo desarrollo, respetando la particular naturaleza de ambos sexos.

En el plano de las relaciones afectivas, procuramos que demuestren sus sentimientos con naturalidad, con respeto a su dignidad y a la del sexo complementario, integrando su conducta sexual en el amor. Desarrollamos su aprecio por la familia, raíz integradora de la comunidad, y educamos para el amor, fuerza capaz de unir con estabilidad a un hombre y una mujer y construir una familia que forma personas.

Les proponemos enfrentar la vida con alegría y sentido del humor, superando las dificultades y expresando su gusto por la vida. Les motivamos para que aprecien ser reconocidos por su actitud de simpatía, comprensión y afecto hacia las demás personas, creando espacios amables en los ambientes en que se desenvuelven.

Fomentamos que los jóvenes se integren a la construcción del mundo

Como creemos que el ser humano está llamado a continuar y completar en el mundo la obra creadora de Dios, proponemos a los jóvenes que respeten el mundo natural, que se comprometan activamente en su integridad, preservación, mantenimiento y renovación.

Ofrecemos oportunidades a su curiosidad, interesándolos por adquirir destrezas, trabajar con sus manos y transformar las cosas descubriendo la ciencia, la técnica y el arte como medios al servicio del hombre. Los motivamos para que aprendan a reaprender, a reinventar, a imaginar y a encontrar pistas aún no exploradas. Estimulamos su admiración por el trabajo bien hecho, fomentamos su aspiración a la excelencia. Les proponemos en todo que hagan lo posible por ser autónomos ante las cosas creadas y libres del afán de poseer.

Creamos el ambiente para una relación personal con Dios

Frente a la profundidad del misterio sobre nuestro origen, naturaleza y destino, invitamos a los jóvenes a trascender el mundo material, guiarse por principios espirituales y caminar en la búsqueda de Dios, presente en la existencia de todos los días, en las cosas creadas y en los demás.

Los animamos a asumir el mensaje de Dios y a vivirlo en la comunidad de su fe, compartiendo la fraternidad de quienes están unidos por una misma religión y siendo fieles a sus convicciones, signos y celebraciones. Los invitamos a que vivan su fe con alegría, sin hostilidad hacia quienes buscan o viven respuestas diferentes ante Dios, abriéndose al interés, a la comprensión y al diálogo ante las opciones religiosas de los demás.

Los ayudamos, finalmente, para que integren su fe en la vida y en su conducta, dando testimonio de sus convicciones en todos sus actos.

Los valores también se reflejan en la propuesta de objetivos educativos

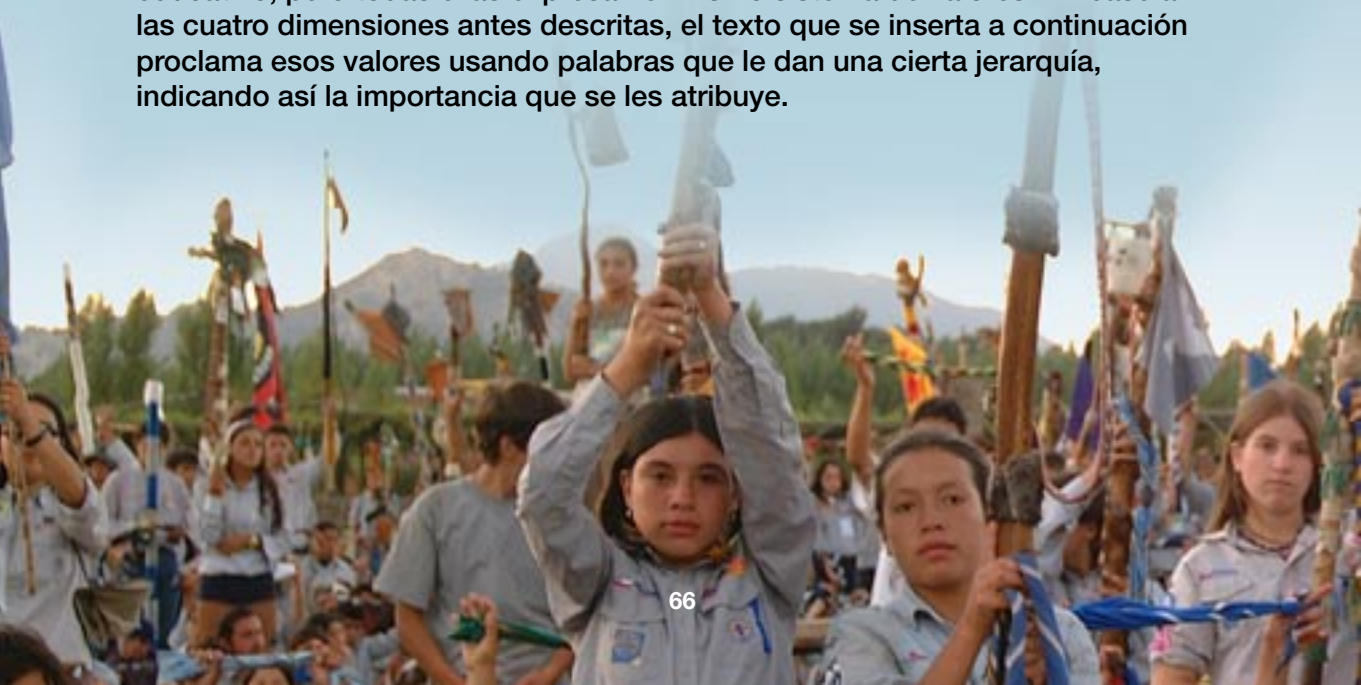
Nos referimos antes a la articulación que existe en la propuesta scout entre valores y método. Debemos destacar que igual articulación existe entre los valores y la malla de objetivos educativos que se ofrece a los jóvenes en las distintas edades. La propuesta de objetivos, que los jóvenes modifican mayormente a medida que crecen, está diseñada no sólo desde las necesidades y aspiraciones de los jóvenes según su edad, sino que también se conforma de acuerdo a los valores que están subyacentes en los objetivos terminales.

Por eso los jóvenes no dialogan con los valores de una manera frontal, sino que participan en un ambiente creado por la presencia de los valores, tanto en los objetivos personales de los jóvenes como en el método con que se hacen las cosas. Este es el ambiente que llamamos *vida de grupo*, que ya hemos mencionado y que examinaremos con detenimiento en el capítulo siguiente.

Los valores propuestos son un proyecto para la vida de todos los que somos scouts

Los valores scouts constituyen una propuesta para ser asumida por cada persona y representan un desafío para todos los que somos parte del Movimiento, ya sea jóvenes o adultos.

Para los jóvenes, tal como dice la misión, el sistema de valores se expresa de una manera simple y clara en la Ley y en la Promesa. Cuando se dirige a los adultos estos valores se expresan en una síntesis conocida como *proyecto educativo*. Existen diferentes formulaciones nacionales del proyecto educativo, pero todas ellas expresan el mismo sistema de valores. En base a las cuatro dimensiones antes descritas, el texto que se inserta a continuación proclama esos valores usando palabras que le dan una cierta jerarquía, indicando así la importancia que se les atribuye.



Los hombres y las mujeres que compartimos en el Movimiento Scout, aspiramos a hacer todo lo que de nosotros dependa para ser:

Una persona íntegra y libre,
limpia de pensamiento y recta de corazón,
de voluntad fuerte, responsable de sí misma,
que ha optado por un proyecto personal de vida
y que, fiel a la palabra dada, es lo que dice ser.

Una persona servidora de los demás,
solidaria con su comunidad,
defensora de los derechos de los otros,
comprometida con la democracia, integrada al desarrollo,
amante de la justicia, promotora de la paz,
que valora el trabajo humano,
que construye su familia en el amor,
que reconoce su dignidad y la del sexo complementario
y que, alegre y afectuosa, comparte con todos.

Una persona creativa
que se esfuerza por dejar el mundo mejor de como lo encontró,
comprometida con la integridad de la naturaleza,
interesada por aprender continuamente,
en búsqueda de pistas aún no exploradas,
que hace bien su trabajo
y que, libre del afán de poseer,
es independiente ante las cosas.

Una persona espiritual,
con un sentido trascendente para su vida,
que camina al encuentro de Dios,
que vive alegremente su fe y la integra a su conducta
y que, abierta al diálogo y a la comprensión,
respeta las opciones religiosas de los demás.

La Ley Scout

La ley es un tema central durante la adolescencia

Uno de los temas centrales de la adolescencia es el de la ley, es decir, la elaboración de una actitud positiva y responsable frente a las normas y a la construcción de los valores morales personales, que llamamos *conciencia moral*.

En un primer momento de la adolescencia, especialmente cuando los adultos “reaccionan” de manera rígida, el joven cuestiona la autoridad de los padres y de los adultos. Las normas, fácilmente aceptadas durante la infancia, ahora son discutidas. Es una etapa necesaria y decisiva para acceder a la autonomía moral. Más que contrarrestar este cuestionamiento, padres y educadores debemos favorecerlo y apoyarlo. El método scout otorga una gran atención a este asunto, ya que si el adolescente fracasa en la construcción de su autonomía moral, las consecuencias afectarán su equilibrio futuro.

A la altura de la pubertad el joven comienza a percibir que la norma descansa sobre el consentimiento mutuo

Se puede entender la evolución del concepto de la norma observando la forma en que progresivamente las reglas del juego son consideradas y aceptadas por los niños antes de la adolescencia.

En el juego, la norma es el resultado de un compromiso entre dos deseos contradictorios: de una parte, el deseo de ganar, de ser el más fuerte, de afirmarse frente a los otros; y de otra parte, el deseo de continuar jugando "con" los otros. Si yo quiero ganar siempre, terminaré por frustrar a los otros, los que evitarán jugar conmigo. Para que el juego continúe, yo debo admitir que los otros también deben tener la posibilidad de ganar. Debo ser capaz de "ponerme en su lugar", aceptando una regla que defina de manera objetiva los derechos y los deberes de cada uno y determine cómo se puede ganar.

Hasta los 2 ó 3 años, el niño no tiene ningún sentido de la norma. Utiliza sus juguetes según el capricho de su fantasía: los lanza en cualquier dirección, los entierra, los abandona, los retoma. En la etapa preescolar el niño juega "en compañía" de otros pero no "con" otros, ya que aún el concepto de la regla no aparece. Esto se aprecia muy bien en los jardines infantiles, donde se puede ver a los niños "jugando juntos", pero muy poco "entre ellos".

A partir de los 5 ó 6 años y hasta los 9 ó 10 años, las reglas se hacen presentes pero son consideradas como sagradas, ya que los niños piensan que no pueden cambiarlas o modificarlas. En esta edad, con distintas intensidades a medida que se crece, los niños todavía están demasiado encerrados en su propio deseo de afirmarse y aún son incapaces de ponerse en el lugar de los otros como para aceptar verdaderamente una norma. Ellos imitan la regla de los más grandes, pero no llegarán verdaderamente a respetarla. Siempre habrá un jugador que hace trampas porque el deseo de ganar es demasiado fuerte. Cuando eso ocurre, todo el mundo se pelea, el juego se detiene, se ponen nuevamente de acuerdo y el juego recomienza, para detenerse sólo algunos minutos más tarde en medio de nuevas disputas.

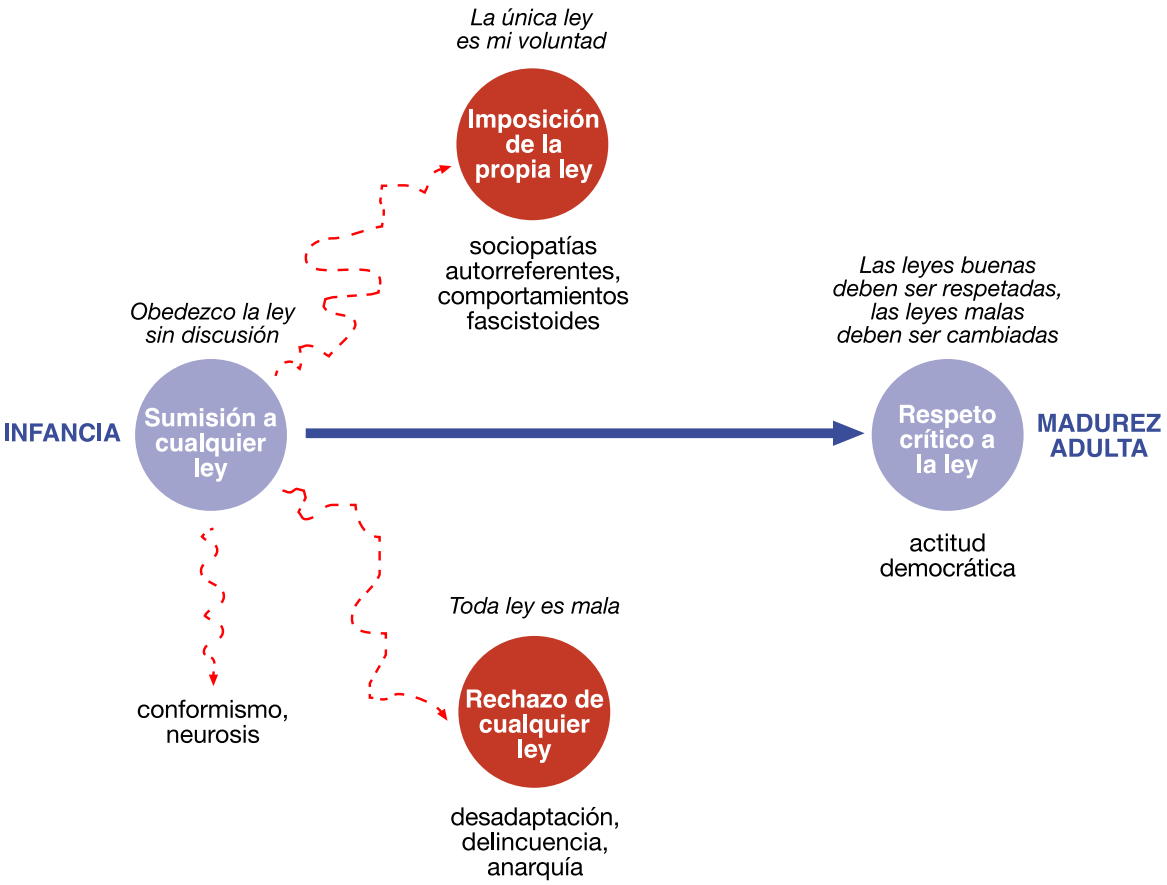
A partir de los 7 u 8 años, los niños empiezan a ser más capaces de cooperar en un grupo, es decir, repartirse responsabilidades para lograr un objetivo común, ya que se reconoce progresivamente una ley. Respecto a ella, el aprendizaje consiste en obedecerla y ponerla en práctica. Es por eso que la Ley de lobatos y lobeznas se inicia con la proposición de "escuchar y respetar a los otros". Pero como todavía no hay una aceptación razonada de la regla, aún no puede haber cooperación plena. De ahí que en la Manada la seisena básicamente facilita la organización y el control del grupo, no llegando a tener el carácter de "comunidad de vida" que atribuimos a la patrulla en la Rama Scout y, con más intensidad, a los equipos en la Rama Caminantes.

Solamente a partir de los 10 u 11 años, a la altura de la pubertad aunque no necesariamente en relación con ella, las cosas cambian: se empieza a percibir que la regla reposa sobre un consentimiento mutuo. A partir de entonces la opinión de los niños es que la norma no proviene de los adultos. Ha sido inventada por ellos mismos y pueden cambiarla si están de acuerdo en hacerlo.

Antes de los 10 u 11 años la moral es convencional

De la regla del juego se pasará a las normas morales. Hasta los 7 u 8 años los niños no juzgan los actos por ellos mismos y se conforman con etiquetarlos a partir de normas culturales: "bueno o malo", "con razón o sin razón". Sólo frente al provecho personal inmediato se obtiene que los niños eviten el castigo y se sometan a la autoridad. Ellos estiman, por ejemplo, que mientras más inverosímil más grave es una mentira. Una tontería es más grande mientras más grave es el daño material que produce. La intención no cuenta. El castigo es considerado como expiatorio: es preciso aplicar al culpable una pena de tal magnitud que le haga sentir la gravedad de su falta.

De los 7 u 8 hasta los 10 u 11 años es la etapa de la moral convencional. El niño adecúa su comportamiento al rol que corresponde a las expectativas de sus padres o del grupo social, según él percibe lo que es ser un "buen niño" o una "buena niña". La ley y el orden, el respeto a la autoridad, son considerados como absolutos. A falta de una experiencia social suficientemente rica o porque han sido sometidos a una educación demasiado rígida o autoritaria, ciertos adultos permanecen bloqueados a este nivel. Aplicando el gráfico que sigue, podríamos decir que ellos quedan detenidos en los comportamientos sumisos propios de la infancia y que, tratándose de adultos, se convierten en comportamientos neuróticos.



A partir de los 10 u 11 años se inicia el acceso a la autonomía moral

A partir de los 10 u 11 años, al mismo tiempo que deviene capaz de razonar lógicamente, el niño accede paso a paso a la etapa de la autonomía moral. Capaz de evaluar a las personas a partir de sus actos y de reconocer sus rasgos íntimos de carácter, percibe sus defectos y sus debilidades y no tiene ya más una confianza ciega en su autoridad. Es así como comienza a juzgar por sí mismo sus propios actos y los de los demás.

Los principios morales son aceptados personalmente como una manera de compartir los derechos y los deberes en el grupo al cual se pertenece. Hacia los 12 años, el niño acepta las reglas como una suerte de contrato entre los individuos. Las leyes ya no son intangibles y pueden ser cambiadas por consentimiento mutuo. Al establecer progresivamente sus propias reglas, sobre todo en un principio, los jóvenes requieren una base desde la cual definirlas, aunque no lo manifiesten expresamente.

En la adolescencia media podemos dialogar sobre valores universales

A medida que avanza la adolescencia, período de desarrollo del pensamiento formal, el joven accede al concepto de valores universales: justicia, reciprocidad, igualdad, dignidad. Los principios morales se ligan a un “ideal social” más que a la realidad de la sociedad. El “derecho” es definido a partir de una adhesión personal y consciente a los principios morales. Es, en el hecho, el período de acceso progresivo al concepto “adulto” de la ley, que supone un respeto crítico y una actitud democrática, como se muestra en el gráfico anterior.

Los jóvenes aprenden el valor de la norma por el testimonio de sus “modelos” y por la experiencia de la relación con sus pares

Sin embargo, esta evolución no cae por su propio peso. Como lo muestra el gráfico, las posibilidades de bloqueo o de desviación son numerosas y pueden impedir al individuo acceder realmente a la autonomía moral y a una concepción adulta de la ley. Ciertas personas, puestas en la situación de educadores, agravan las dificultades en razón de que ellas mismas tienen un nivel de madurez insuficiente con relación a la ley. Como ya lo dijimos, el autoritarismo y el control excesivo pueden mantener abusivamente a la persona en una actitud de sumisión infantil: “yo obedezco sin discusión a toda ley y a toda autoridad”. Una actitud de sobreprotección, que reduce las interacciones sociales con los pares, puede conducir al mismo resultado.

A menudo el autoritarismo o la sobreprotección conducen a los jóvenes a una rebelión brutal y a un rechazo de toda ley. Como reacción, el adolescente suele asumir comportamientos desafiantes e incidir en conductas de riesgo. Con la convicción de que “toda ley es mala”, la persona es conducida a una inadaptación social e incluso a la delincuencia.

Al contrario, una actitud demasiado permisiva no dejará al joven estructurarse. Ella le mantendrá fijo en un estado en que los impulsos básicos y el placer personal serán la sola “ley”. Padres y educadores que han sufrido en su juventud una educación demasiado autoritaria, tienden a educar a sus hijos y alumnos en un ambiente en que la actitud central es “dejar hacer”, lo que puede conducir a variadas sociopatías autorreferentes y comportamientos de índole “fascistoide”.

Para acceder a un nivel adulto de “respeto crítico” frente a la ley, el célebre psicólogo Jean Piaget distingue dos “motores” que permitirán al joven progresar hacia la autonomía moral. Por una parte, el respeto unilateral, es decir, el respeto de los jóvenes por los mayores y la influencia del adulto sobre el joven; y por otra, el respeto mutuo, es decir, la influencia recíproca que dos personas de igual estatus ejercen una sobre otra. El desarrollo armonioso de un joven, sobre todo durante la adolescencia, requiere estas dos influencias: “modelos” con los cuales se pueda identificar y que sean testimonio de valores de vida; y la posibilidad de experimentar en el seno de un grupo de pares una progresión que permita la discusión y la elaboración de normas.

En la Comunidad de Caminantes la Ley Scout se hace propia al igual que la norma

En la Comunidad de Caminantes la Ley Scout está presente a través de las mismas vías que señalaba Piaget: a) el testimonio y ejemplo de los dirigentes adultos y jóvenes adultos, esto es, el *respeto unilateral*; y b) por el *respeto mutuo* que se genera a través del funcionamiento de todas las estructuras internas: Consejos de Equipo, Comité de Comunidad y Congreso de Comunidad. En todas estas instancias, que forman una verdadera sociedad de jóvenes, la vida de grupo será evaluada para definir y revisar las reglas y conductas, a la luz de la Ley Scout.

Como dice Piaget, estos dos elementos permiten a los jóvenes “aprender por la experiencia lo que es la obediencia a la regla, el apego al grupo social y la responsabilidad individual”.

La Ley Scout expresa el sistema de valores scouts

La Ley Scout expresa en un compendio el sistema de valores scouts. Es un ordenamiento armónico que se propone como código de conducta a los jóvenes para elegir y orientar su camino en la vida. Es una invitación a que conviertan esos valores en parte de su personalidad. Para ser coherentes, las personas necesitamos pensar y actuar de acuerdo a nuestros valores. Sólo de esa forma se convierten en instrumentos a través de los cuales observamos, interpretamos y experimentamos el mundo.

La Ley Scout es una proposición y no una imposición. Una proposición enteramente positiva, no arbitraria, expresada en un lenguaje próximo a los jóvenes y respaldada por razones que invitan a adoptarla.

El y la Caminante

Es una persona digna de confianza
Es leal
Sirve a los demás
Comparte con todos
Es amable
Protege la vida y la naturaleza
Se organiza y no hace nada a medias
Enfrenta la vida con alegría
Cuida las cosas y valora el trabajo
Es una persona limpia en pensamientos, palabras y obras

Es una persona digna de confianza

Una persona es digna de confianza cuando sus actos y sus palabras son coherentes con su vida interior. El hombre y la mujer en quien se puede confiar, dice lo que cree y cree lo que dice. Es una apertura interior que nos permite encontrarnos con la persona tal cual es.

Es la sinceridad, la franqueza, la autenticidad, la coherencia, la buena fe. Es el reverso de la hipocresía, la mentira, los dobles estándares, la inconsecuencia, la mala fe.

Para ser digno de confianza hay que amar la verdad y ser fiel a lo verdadero. Se trata de vivir y de pensar -en la medida de lo posible- en verdad, aun al precio de la angustia o de la desgracia. Es no mentir al otro ni a uno mismo. Es saber que más vale una tristeza auténtica que una alegría falsa.

Un verdadero scout, hombre o mujer, pone su honor en merecer confianza. En que su sí es sí, y su no es no. No cifra su honor en el dinero, el nombre, el éxito, el poder u otras condiciones similares que a menudo enorgullecen a las personas. Todo su honor reside en que los demás confían en él o en ella porque sus actos son fieles a sus palabras.

Es leal

La lealtad -o la fidelidad, que es lo mismo- es la persistencia de nuestra fe en lo importante. Es vivir dentro del reconocimiento de lo permanente, de lo durable. Es la perpetuación sin fin del combate contra el olvido o la negación. Por la lealtad nuestra existencia reconoce una historia como propia y nuestra personalidad se hace estable, firme y constante.

No se trata de ser fiel a cualquier cosa: eso no sería lealtad sino rutina, testarudez, evasión o comodidad. La lealtad depende de los valores a que se es fiel. La fidelidad a tonterías es una tontería más. No se cambia de amigo como de camisa, y sería tan absurdo ser fiel a una camisa como culpable no ser fiel con los amigos.

La lealtad no excusa todo: ser leal a lo peor es peor que renegar de ello. Los torturadores se juran fidelidad en la complicidad de su oficio, pero su fidelidad en el crimen es criminal, porque fidelidad al mal es mala fidelidad. Nadie diría tampoco que el resentimiento es una virtud, aunque la persona resentida siga siendo fiel a su odio.

La lealtad es la creencia activa en la constancia de nuestros valores. Es una consagración consciente, práctica y completa a una causa, y también a los vínculos establecidos con las personas como depositarias de valores comunes. Es la persistencia en nuestros actos trascendentes.

Para los scouts, las cosas dignas de fidelidad se expresan en la síntesis de nuestra Promesa: el amor a Dios; el servicio al país, su tierra y su gente; y el esfuerzo continuo por vivir los valores contenidos en la Ley Scout, tales como la verdad, la solidaridad, la protección de la vida y la naturaleza, la alegría, la limpieza de corazón.

En esa fidelidad se fundamenta nuestra identidad personal. Los seres humanos cambiamos constantemente y no somos siempre los mismos, pero no obstante la intensidad que puedan tener esas transformaciones, los scouts encontramos nuestra identidad en la lealtad que hemos prometido a nosotros mismos, a los demás, al mundo y a Dios.

Sólo en la lealtad es también posible tener un plan de vida, proyectando nuestro compromiso presente como una forma de vida que será siempre la nuestra.

Sirve a los demás

Hombres y mujeres somos, por nuestra propia esencia, individuos en permanente relación con otros. Nuestra vida, de manera diferente y con distintos niveles de profundidad, es constantemente transformada por la presencia de otros hombres y mujeres, así como nuestros actos impactan en la vida de quienes comparten con nosotros.

Vivir en sociedad es más que coexistencia, es una invitación a convivir constructivamente entregando nuestro mejor esfuerzo para alcanzar nuestra felicidad y ayudar a los demás en la construcción de su propia felicidad.

Los scouts creemos que la invitación a compartir con los otros tiene una de sus más plenas manifestaciones a través del servicio. Creemos que servir a los demás es mirar con cuidado y respeto al ser humano, es descubrir al otro tal como es, poniéndonos libremente a disposición de los demás para que cada uno sea, desde su propia dignidad, todo aquello que está llamado a ser.

No creemos en el servilismo que humilla a quien da y a quien recibe, ni en el menosprecio que se disfraza de falsa compasión. Creemos en el amor que nace del respeto y que se transforma en una actitud permanente y profunda de solidaridad, de estar con los otros y ser uno con ellos. Estamos convencidos que todo aquello que hacemos en beneficio de los demás nos permite crecer espiritualmente y ser más plenos, nos ayuda a mirar la vida con esperanza y nos acerca al misterio del hombre.

Por eso los scouts propiciamos el servicio, porque entendemos que a través de él nos encontramos con el hombre y a través del hombre descubrimos a Dios.

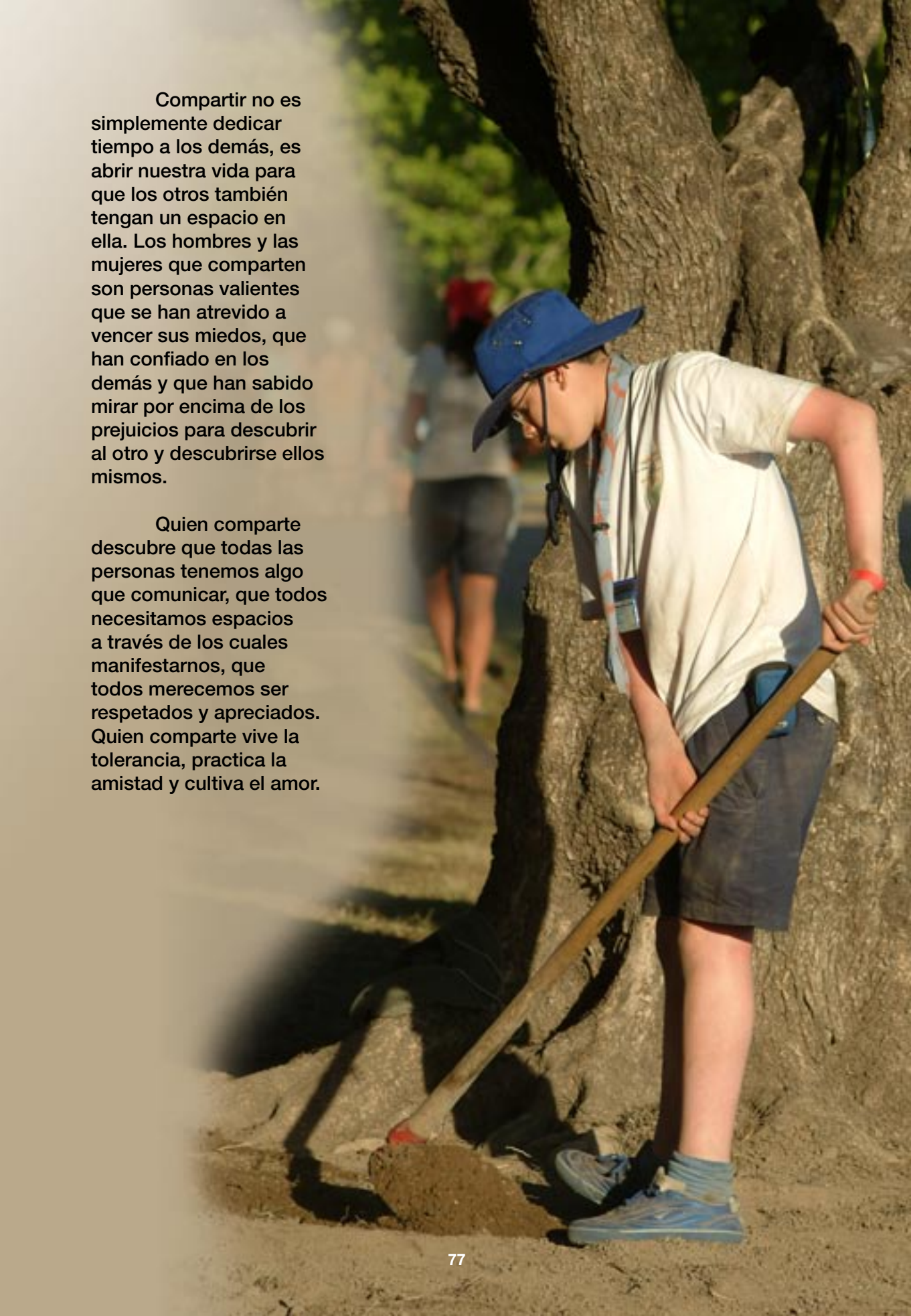
Comparte con todos

Servir a los demás y compartir con todos son, de alguna manera, caras de una misma moneda. ¿Cómo podemos servir a los demás, profunda y libremente, sin compartir con ellos? ¿Cómo podemos compartir con los demás sin que ese encuentro no nos lleve al servicio y a la entrega generosa?

Compartir es practicar el desprendimiento. Por una parte, el desprendimiento material, poniendo al servicio de los otros los bienes que poseemos. Pero más profundamente, compartir es tener una actitud abierta hacia las demás personas y sus particulares formas de ver el mundo y vivir la vida.

Compartir no es simplemente dedicar tiempo a los demás, es abrir nuestra vida para que los otros también tengan un espacio en ella. Los hombres y las mujeres que comparten son personas valientes que se han atrevido a vencer sus miedos, que han confiado en los demás y que han sabido mirar por encima de los prejuicios para descubrir al otro y descubrirse ellos mismos.

Quien comparte descubre que todas las personas tenemos algo que comunicar, que todos necesitamos espacios a través de los cuales manifestarnos, que todos merecemos ser respetados y apreciados. Quien comparte vive la tolerancia, practica la amistad y cultiva el amor.



Es amable

En su nivel más modesto, la amabilidad designa la gentileza de los modales, el respeto y la benevolencia hacia los demás. Los antiguos griegos veían en ella un sinónimo de humanidad, lo contrario de la barbarie.

Pero también puede ser vista en un contexto mucho más noble, como capacidad de acoger al otro porque sólo se le desea el bien. La amabilidad con los humildes se aproxima a la generosidad; con los desdichados es bondad; con los culpables puede ser indulgencia y comprensión.

Desde ese ángulo la amabilidad se convierte en dulzura y se nos muestra como fuerza de paz, coraje sin violencia, valentía sensible. Es lo contrario de la guerra, de la brutalidad, de la agresividad.

La amabilidad va unida a la solidaridad y al amor. ¿Cómo se podría servir a los demás y compartir con todos sin ser amable?

Ser amable de verdad, desde dentro, sin estrategia ni pose. Nada más falso que una amabilidad de mercado, en que se es amable por interés propio, por deseo de seducir, por tener éxito. Amabilidad que no es amabilidad. En ella no hay dulzura, sólo narcisismo y artificio. La amabilidad es un don de sí mismo y no puede ser fingida, como si fuera arte de la conquista o de la adulación. Deja de ser lo que es si se simula para tener poder sobre los demás.

Virtud de apertura, de paciencia, de adaptabilidad. Virtud que está en las raíces del Movimiento Scout como espacio de encuentro de personas venidas de ámbitos muy diferentes, heredada del alma misma del fundador y que, por cierto, es practicable sin ir en desmedro de algún otro deber que la anteceda. La amabilidad sólo es buena cuando no sacrifica las exigencias de la justicia y del amor. ¿Cómo ser amable con el déspota y olvidar los derechos de los perseguidos? ¿Cómo sonreirle al verdugo y soslayar la protección que reclama su víctima?

Tampoco se puede confundir la amabilidad y la dulzura con la cortesía, que es una cualidad más bien formal, que se acaba en la apariencia. Un mafioso cortés no modifica en nada los horrores de la mafia. Un tramposo no es menos indigno por ser cortés y quizás por eso mismo lo sea más. Un tramposo cortés podría incluso ser un canalla, sin faltar a la cortesía.

Mientras la cortesía puede ser pura forma, apariencia de virtud y sólo apariencia, la amabilidad y la dulzura persisten y transforman a las personas, porque son disposiciones profundas del alma.

Protege la vida y la naturaleza

La vida es un fenómeno extraordinario, sobrecogedor y único. La vida es el espacio y el tiempo de nuestros sueños, nuestras esperanzas, nuestras pasiones y nuestros esfuerzos. La vida es el comienzo de nuestra historia y nuestra historia es el encuentro con la vida.

La vida está en la frescura de la mañana. Se manifiesta aun en el dolor de la enfermedad y el horror de la guerra. La vida se hace presente en el encuentro con los amigos y en la añoranza de su afecto cuando están ausentes. La vida es sonido y silencio; el de los hombres y el de la naturaleza. La vida está en nuestros logros y en nuestros fracasos. En el hombre y la mujer que se abren paso y desafían los misterios de la ciencia y de la tecnología. La vida hace al ser humano y el ser humano está llamado a respetar la vida.

Respetar y proteger la vida es proteger y potenciar al hombre, hombre y mujer, niño, joven, adulto y anciano, sin importar su origen, raza, credo, pensamiento político o condición social, reconociéndolos poseedores de una dignidad intrínseca y de unos derechos iguales e inalienables que permitan a todos los miembros de la familia humana vivir en libertad, justicia y paz.

Respetar y proteger la vida también es tomar conciencia de la relación que existe entre el hombre y las demás especies vegetales y animales. Es respetar la naturaleza y comprometerse activamente con la integridad del medio ambiente, entendiendo que el desarrollo sostenible necesita de personas que se preocupen por el futuro y estén dispuestas a asumir una actitud solidaria con el destino de la humanidad y de las otras especies que conforman el ecosistema mundial.

Para los scouts, la protección de la vida forma parte de nuestra Promesa y es un reflejo de los principios que nos guían. Nos hemos comprometido a amar a Dios, creador de la vida -la vida humana y la vida natural- y servir al ser humano, haciendo de este mundo un lugar mejor para todos, para los que ahora estamos y para quienes lo habitarán en el futuro.

Se organiza y no hace nada a medias

A menudo consideramos la capacidad de organización como un valor menor, ligado al orden y presente en personas muy especiales. Desde esa perspectiva, se toleran con excesiva condescendencia promesas que jamás se realizan, proyectos que quedan inconclusos, palabras carentes de responsabilidad. Pero la afirmación que el Movimiento Scout hace va mucho más allá, es una invitación a nuestra capacidad de compromiso. Cuando un scout se compromete, actúa en consecuencia: cumple lo anunciado porque es digno de confianza, completa lo iniciado porque valora el trabajo. Sabe que los compromisos se asumen frente a otras personas que han confiado en su palabra.

Quien se compromete organiza su tiempo para lograr el objetivo que se ha propuesto, respeta la necesidad de otros, se dispone a sacar adelante la tarea, aborda sin excusas la labor en que se ha empeñado. Y lo hace porque dijo que lo haría, con resolución y energía, con generosidad, sin vanagloriarse por haber enfrentado una tarea que se había comprometido a asumir.

El scout se organiza porque valora el trabajo en equipo y entiende que en el cumplimiento de los compromisos asumidos entre todos radica el éxito de la tarea. El cumplimiento de un proyecto asumido entre varios implica también aceptar que en cada situación alguien debe coordinar o dirigir las acciones de todos. Y para cooperar de manera que nada quede a medias es preciso saber trabajar en equipo: escuchar, revisar los propios modelos mentales, delegar responsabilidades, dirigir el trabajo, como también asumir las tareas aceptadas y seguir las recomendaciones.

Enfrenta la vida con alegría

Un niño normal, sano, grita de felicidad cuando termina la clase y un nuevo período de la jornada comienza. Ama la novedad, lo imprevisto, la aventura. Como quien muerde una manzana, acomete la vida con ganas. Así es como la vida vale la pena ser vivida.

La alegría de vivir no impide la seriedad en nuestras obligaciones y relaciones. Pero seriedad no debe confundirse con gravedad. La vida llena de alegría tiene un cierto sabor a triunfo y transmite la sensación de que se le está sacando todo el jugo posible a la existencia. Quizás sea porque la alegría es expresión de felicidad y es a la búsqueda de la felicidad a lo que consagramos nuestros mejores esfuerzos.

No faltan motivos para entristecerse o enojarse, abundan las razones para desconcertarse y hasta para desesperarse. La tristeza, la ira, el desconcierto y la desesperanza hunden sus raíces en el temor. Temor al porvenir, temor a no poder controlar todo lo que nos pueda suceder, temor a que nuestra reacción no esté a la altura de las circunstancias. Y quizás ese temor se origine en una gran vanidad, en creernos demasiado importantes o demasiado poderosos.

La alegría tampoco es reírse de la desgracia, eso sería humor vano, carcajada vacía e irresponsable. Quien enfrenta la vida con alegría comienza por reírse de sus propias pretensiones, de sus propios absurdos. Entiende que la fuerza para afrontar dificultades no nace sólo de la voluntad, ésta opera mejor si se la acompaña con una sonrisa. La alegría va más allá de la comicidad pasajera y se transforma en una actitud permanente por ver el lado luminoso de las cosas y no el sombrío, como recomendaba Baden-Powell.

Alegría no es reírse de los demás, eso es más bien sarcasmo, burla o ironía, que lastima y no construye, pues ríe contra los demás. Es alegre quien ríe con los demás y quien invita a los demás a reír compartiendo la propia alegría.

Y es signo de salud saber reír, es señal de estar sano el saber mirar con una sonrisa hasta la situación más desesperada. Sanidad del cuerpo y también del alma. Incluso es signo que acompaña a la sabiduría, porque ¿se puede ser una persona realmente sabia sin una buena dosis de humor?

El optimismo nos proporciona un escudo contra el temor, refuerza nuestra curiosidad por lo incierto, nos empuja a arriesgar y aventurar. El buen humor es un impulso que no sólo nos beneficia sino que contagia entusiasmo y buena voluntad en quienes nos rodean. La alegría nos hace más lúcidos y más amables, con mayor capacidad de dar amistad y de entregarnos en el servicio a los demás.

Cuida las cosas y valora el trabajo

Los hombres estamos llamados a continuar la obra creadora de Dios. Para ello necesitamos descubrir nuestras potencialidades y a través de ellas intervenir en la construcción del mundo. Aportar con lo mejor que podemos hacer, de un modo creativo y consciente de la diversidad de las capacidades y expresiones humanas.

La historia del quehacer humano, los profundos cambios -sociales y económicos, científicos y tecnológicos- nos han llevado a la falsa ilusión que el progreso y el desarrollo están en el avance de la ciencia o en el manejo de la tecnología, incluida la informática. Ciertamente que, aplicadas en la dirección correcta, ciencia y tecnología, como otras ramas del conocimiento humano, permitirán al hombre mejorar su calidad de vida. Pero ellas no son nada sin el trabajo del hombre.

El cambio, el progreso y el desarrollo pasan por el pensamiento, el corazón y las manos del hombre. Muy pocas cosas serían posibles sin el trabajo y el esfuerzo humano. Es el trabajo el que nos ha permitido superar enfermedades, edificar ciudades, establecer formas de comunicación rápidas y eficientes, tecnificar los procesos de producción. En otras palabras, hacer realidad nuestros sueños de progreso y mejorar nuestra calidad de vida.

Porque valoramos al ser humano y respetamos los sueños y utopías de los miles de hombres y mujeres que se esfuerzan día a día, es que los scouts valoramos el trabajo. Y porque son el resultado del esfuerzo humano, es que los scouts cuidamos las cosas.

No nos interesa la mera acumulación de bienes, porque sabemos que no bastan para proporcionar la felicidad humana. No nos dejamos llevar por la sociedad de consumo, porque sabemos que la verdad del hombre no está en el tener sino en el ser. Y por ello nos esforzamos en ser cada día mejores y nos preparamos para aportar en la construcción de un mundo que albergue las esperanzas de la humanidad y descubra las potencialidades de cada uno de sus hijos.

Es una persona limpia en pensamientos, palabras y obras

Esta última proposición de la Ley Scout, que Baden-Powell agregó con posterioridad a su texto original, se refiere a la integridad y a la pureza y no aporta en sí misma nada nuevo a las anteriores. Sólo tiene por objeto escrutar la rectitud de espíritu con que se han aceptado y se viven todas las otras propuestas.

Generalmente vinculamos la pureza con la vida sexual y es entendible que así sea porque la pureza se relaciona estrechamente con el amor; pero el amor, o la falta de amor, y la pureza, o la impureza, no sólo atañen al sexo.

Algo es puro cuando se encuentra libre de toda mezcla de otra cosa que pudiera alterar o adulterar su naturaleza. Así la pureza, entendida como rectitud de corazón o rectitud de conciencia, es lo contrario del interés, del egoísmo, de la codicia, de todo lo sórdido con que uno pudiera contaminar sus pensamientos o sus actos.

Es impuro lo que hacemos de mala gana o con malas intenciones. Es impuro lo que envilece, lo que profana, lo que rebaja, lo que corrompe, lo que pervierte el sentido de lo que pensamos o hacemos. Es impuro decir la verdad sólo cuando nos conviene, simular la lealtad, utilizar a los otros bajo la apariencia de servirlos, compartir sólo con aquellos de quienes podemos obtener un provecho, disfrazar la burla con humor, hacer las cosas por cumplir. También es impura la interpretación mal intencionada de lo que dicen o hacen los demás con el propósito de sacar provecho.

En la vida sexual la pureza no se encuentra en la ausencia de deseo -eso sería más bien una enfermedad- ni en la ignorancia o en la candidez. El mal no es amarse, es amarse sólo a sí mismo, amar al otro como si fuera un objeto, desear gozarlo en vez de amarlo, gozarlo en lugar de regocijarse, gozarlo como quien goza una carne o un vino, poseerlo, consumirlo. La impureza no es un exceso de amor, sino una escasez de amor.

La pureza es amar al otro verdaderamente, como sujeto, como persona, respetarlo, defenderlo, aun contra nuestro propio deseo. Amor que da y protege, amor de amistad, amor de benevolencia, amor de caridad, amor puro.

Por eso esta última propuesta de la Ley Scout invita a escrutarse, a plantearse constantemente cuánta integridad hay en nuestra alma, en lo que pensamos, en lo que decimos y en lo que hacemos. No es una prescripción externa de comportamiento aparente ni mucho menos una prohibición de decir malas palabras. Es una pregunta lacerante que nos confronta con el sentido profundo de nuestro compromiso: “los valores que viven en nosotros ¿son lo que son?”

La Renovación de la Promesa

En la Rama Caminantes lo que corresponde normalmente es renovar la Promesa, ya que en la continuidad normal de la aplicación del método scout, la Promesa se formula en la Rama Scout, entre los 10 y los 15 años, correspondiendo en esta etapa renovar la promesa con la cual ya se tomó un compromiso en la etapa anterior.

Sin embargo, esa continuidad se dará en la práctica cuando efectivamente el joven o la joven haya formulado su Promesa con anterioridad. Si no lo ha hecho antes, lo que siempre ocurrirá cuando proviene de fuera del Movimiento, corresponde que directamente la formule por primera vez, sin que deba renovarla posteriormente durante el mismo período en que es Caminante.

En los párrafos que siguen todo lo que se diga con relación a la Promesa es válido también para la renovación de Promesa. Cuando señalemos un aspecto que sólo es propio de la renovación así lo diremos expresamente.

La Promesa es un compromiso voluntario

La Promesa es un compromiso voluntario hecho ante sí mismo, los demás y Dios, para cumplir la Ley Scout. Sus palabras y sus conceptos son sencillos y expresan el compromiso tal como lo diría naturalmente un joven.

Casi en todas las tradiciones scouts el texto de la Promesa que formulan los Caminantes es el mismo que se utiliza en la Rama Scout, ya que se parte de la base que ella, formulada al inicio de la adolescencia, es un compromiso que se toma para toda la vida. La promesa de lobatos y lobeznas, en cambio, expresada en una etapa en que la adhesión a la Ley es convencional, se manifiesta en palabras diferentes, dice relación con los dinamismos específicos de esa edad y constituye un compromiso que se agota en esa Rama, al final de la cual las formas de pensamiento de los niños cambian, como se ha analizado.

PROMETO

hacer cuanto de mí dependa para
amar a Dios,
servir a mi país,
trabajar por la paz
y vivir la Ley Scout.

Cuando se trata de una Renovación de Promesa muchas tradiciones scouts acostumbran anticipar al texto anterior unas palabras a modo de introducción, o agregarlas a continuación. Por tratarse de textos variados, muy vinculados a la cultura interna de cada Comunidad, es recomendable que ellos queden entregados a lo que en cada Comunidad o Grupo Scout se acostumbre.

Por la Promesa nos comprometemos a hacer lo mejor de nosotros

La Promesa es un ofrecimiento voluntario y no un juramento. Por la Promesa el joven y la joven toman libremente un compromiso, no reniegan de nada ni hacen un voto de carácter militar o religioso.

Tampoco prometen que nunca fallarán al compromiso adquirido. Eso es imposible y significaría desconocer la naturaleza humana. Simplemente se comprometen a poner lo mejor de sí mismos en cumplir lo prometido. Pero lo prometen sinceramente, con la voluntad firme de *hacer todo cuanto de ellos dependa*.

Por el mismo motivo los dirigentes deben demostrar todo su buen criterio cuando por cualquier causa se refieran al compromiso de los jóvenes. La evocación de la Promesa debe ser clara y directa, sin ironías ni veladas alusiones, tampoco utilizando palabras o gestos que hagan pensar que se duda de la honestidad del compromiso tomado. No se deben hacer reproches individuales o colectivos de ningún tipo y se recomienda que el diálogo con un joven sobre los aspectos que necesita superar sea siempre individual y privado.

Debe recurrirse a la evocación de la promesa efectuada sólo como un apoyo educativo, en momentos en que exista la mayor intimidad y apertura, poniendo en medio del equipo o de la Comunidad el recuerdo de los valores que justifican su razón de ser y con los cuales se ha tomado un compromiso. No es recomendable utilizar este recurso a cada momento, ya que su habitualidad le hará perder fuerza. Además, si los dirigentes se ven en la obligación de tener que hacerlo con frecuencia, eso puede ser signo de que algo de fondo no está caminado en el sistema, tanto que a cada rato se hace necesario refrescar lo prometido.

Nuestro primer compromiso es ante Dios

Dios está siempre presente en la existencia cotidiana de una Comunidad de Caminantes y se aspira a que Él también esté metido en el corazón de las inquietudes y proyectos de los jóvenes.

De ahí que, al igual que en cualquier otra actividad, el nombre de Dios en la Promesa aparece de manera natural y espontánea. ¿Cómo tomar un compromiso tan serio sin invitar a Dios como testigo?

No obstante, a Dios no sólo se le invoca como testigo, ni exclusivamente para significar que la Promesa se hace ante lo más importante que puede haber para un joven. Su presencia es parte de la relación personal que cada joven establece con Él. Es un gesto de reconocimiento del vínculo que los une. Dios, como autor de toda cosa, es el primer destinatario del compromiso, el que *se hace ante Él y por Él*.

Más aún, la Promesa contiene el compromiso de intensificar la relación de amistad con Dios. De ahí que lo primero que se promete es amar a Dios. El amor es un regalo que viene de Dios, es la mayor de todas las virtudes y los scouts creemos que está presente en todo lo que hacemos. ¿Cómo no retribuir a Dios su regalo respondiendo de la misma manera a Su amor?

Cuando un joven dice que promete amar a Dios no dice que Él es el único destinatario de su amor, sino que promete orientar su vida por el amor: amor a los demás, a su familia, a sus amigos, a las cosas creadas, a su país. El amor lo es todo. El amor basta. Por eso el que ama crece como persona y se acerca más a Él.

Nos comprometemos con nuestro país y con la paz

Un país es antes que todo un territorio, un pedazo de tierra que nos vio nacer o que nos acogió en un momento de nuestra vida, o por el cual tuvimos razones para optar. De ahí que *servir a mi país* es, en primer lugar, servir a la tierra en que vivimos, al espacio natural que ocupamos en medio del ancho mundo. Servir al país es entonces proteger la naturaleza, darle más fertilidad al suelo, mantener puro el aire y limpia el agua, eliminar la basura, no contaminar, en una palabra, proteger el entorno en que vivimos.

Un país es también una determinada gente que, al igual que nosotros, habita el mismo pedazo de tierra. ¿Cómo servir a la tierra sin tener un compromiso con su gente? De ahí que *servir a mi país* es también tomar un compromiso con la justicia como fundamento de la paz, con los que más sufren, con los pobres, con los marginados, con los segregados y postergados. Es así como la expresión *servir a mi país* se convierte en solidaridad con su gente.

Además, un país es una determinada herencia cultural, una forma en que la gente ha construido historia en torno al pedazo de tierra que habita. ¿Cómo amar nuestra propia tierra y su gente sin amar las raíces culturales que están en nuestro origen? Por eso, *servir a mi país* significa también amor a la música, a las tradiciones, al lenguaje, a los estilos culturales que forman parte de nuestra identidad. Significa reconocerlos, incrementarlos y estar orgulloso de ellos.

Siempre existe el riesgo que el orgullo por el propio país se entienda como excluyente, como un amor que encuentra su justificación en la ficción infantil de que mi país es el mejor o mi raza es superior a las otras. Se puede ser fiel a las propias raíces sin discriminar ni menospreciar la cultura de otros pueblos. Por eso la Promesa es también un compromiso para *trabajar por la paz*. Trabajar por la paz significa abrirse a las realidades internacionales, valorar la diversidad, comprender las otras culturas y superar los prejuicios racistas o nacionalistas.

Al hacer o renovar su Promesa los jóvenes deben ser invitados a comprender todas las dimensiones de estas expresiones y a comprometerse con lo que ellas significan. Una persona que sirve a su país y que trabaja por la paz no se improvisa. Ella se forma en una cultura que desde su infancia le permitió experimentar esas dimensiones.

Prometemos que la Ley Scout será parte integrante de nuestra vida

Por último, la Promesa es la manera en que los jóvenes se comprometen o renuevan su compromiso con la Ley Scout. El compromiso no consiste en saber la ley de memoria, ni en recitarla sin repetir ni equivocarse, ni en conocer el estricto orden o número de sus artículos, ni siquiera en respetarla o sólo "cumplirla", como si se tratara de una norma externa similar a las leyes del tránsito.

El compromiso con la Ley Scout es algo más. Se trata de *vivir la Ley Scout*, esto es, hacer que ella se integre a nuestras convicciones y a nuestra forma de ser como si fuera parte de nuestros músculos y de nuestro torrente sanguíneo. Si los valores se encarnan de esa manera, entonces la Ley se reflejará naturalmente en nuestra personalidad, en nuestras actitudes y en nuestro comportamiento, sin necesidad de fingir ni aparentar. Eso es pasar de la moral convencional a la autonomía moral. Y de eso se trata.

También es bueno decir que vivir la Ley Scout no sólo es una promesa que se hace para nuestra juventud o mientras se permanece en el Movimiento Scout. El compromiso se hace para toda nuestra vida, en el Movimiento Scout y fuera de él, para cuando se es joven y para integrarlo a nuestra vida adulta. Es lo que muchos viejos scouts recuerdan cuando dicen “una vez scout, siempre scout”.

Hacer o renovar la Promesa es un momento muy importante en la vida de los Caminantes

Tampoco la Promesa se hace en un momento cualquiera. Hay que dar a la petición del joven la importancia que se merece, *creando un momento especial*, un lugar apropiado y tomándose un cierto tiempo para su preparación. El momento de la Promesa se comunica a la Comunidad, a los amigos y a la familia y se organiza una pequeña ceremonia.

Esta ceremonia no es aparatosa ni grave. Carece de todo componente que la haga aparecer un rito para iniciados. Es sencilla a la vez que solemne. Es una verdadera celebración, en que la Comunidad, y el ambiente en que actúa, festejan el hecho que un joven o una joven están dispuestos a asumir y cumplir un compromiso que libremente han querido tomar. Efectuada la Promesa, el único símbolo apropiado es la entrega de la insignia de Promesa, que el joven y la joven exhiben en su uniforme indicando que han tomado un compromiso.

Todo lo dicho sobre la ceremonia de Promesa es igualmente válido para la Renovación de Promesa, exceptuando la entrega de la insignia, ya que en este último caso el joven o la joven habrán recibido la insignia con anterioridad. Algunas asociaciones disponen de una insignia especial para la Promesa de los Caminantes, que en el caso de la renovación sustituye a la insignia original. En esta alternativa la insignia especial debiera entregarse tanto a los que renuevan su Promesa como a quienes la formulan por primera vez, evitando discriminaciones. Estas consideraciones son innecesarias cuando en todas las Ramas se entrega como símbolo de la Promesa la insignia mundial o la oficial de la asociación.

Los propios jóvenes deciden si están preparados para comprometerse

La Promesa no tiene un momento determinado para ser hecha ni está vinculada a las etapas de progresión personal de los jóvenes. Simplemente se hace cuando el joven, una vez terminado su período de introducción, se considera preparado y pide a su Consejo de Equipo que la acepte. Los dirigentes no deben dudar ni discutir el propósito de esa petición; ni posponen, aunque sea por muy buenas razones, la realización de una Promesa que ha sido propuesta por el Consejo de Equipo.

El lema recuerda la Promesa efectuada

El lema de los Caminantes está estrechamente ligado a la Promesa:

¡Siempre Listo!

Es casi un grito, una voz de alerta, una evocación de la Promesa, por el cual los jóvenes recuerdan ante sí mismos que han tomado un compromiso con la Ley Scout.

Es para momentos importantes: una despedida, el cierre de una reunión, la partida de un campamento, el inicio de un día. Corear el lema equivale a una renovación de la Promesa y hay que darle a esa renovación simbólica el valor que tiene. No es conveniente abusar del lema invitando a los jóvenes a que lo proclamen a cada rato.

La buena acción es un testimonio del compromiso adquirido

La buena acción que los jóvenes Caminantes se proponen hacer todos los días está muy unida a la Promesa y al lema y se mantiene vigente en la etapa Caminantes. La buena acción es una invitación a actuar, a convertir el compromiso en hechos concretos. No basta corear el lema y repetir que uno tiene un compromiso. Hay que hacer cosas que reflejen que se está actuando de acuerdo a ese compromiso y a ese lema.

Los gestos de servicio que los y las caminantes ofrecen a los demás y las modestas ayudas que prestan cada día, constituyen una invitación a manifestar su espíritu de servicio, una demostración de que están alertas.

Puede que estas buenas acciones diarias no sean muy significativas desde el punto de vista del adulto. La verdad es que eso no tiene importancia. Este recurso educativo no fue ideado para que los caminantes resuelvan complejos problemas sociales, sino para mantener en ellos una disposición permanente de servicio hacia los demás. Se trata de combatir la indiferencia y la desidia poniendo de manifiesto la importancia de las otras personas.

A los jóvenes recién ingresados a la Comunidad puede parecerles artificial tener que hacer cada día una buena acción en beneficio de los demás. Eso tampoco es relevante, ya que poco a poco esta actividad irá generando una actitud, y cuando eso ocurra, el espíritu de servicio se habrá convertido en una manifestación espontánea del carácter del joven, enteramente integrada en su personalidad.